

Luchas urbanas

alrededor del fútbol

Fernando Carrión y María José Rodríguez
Coordinadores

© Fernando Carrión y María José Rodríguez

© 5^{ta} avenida editores

Dirección editorial: Pablo Salgado J.

Diseño gráfico: Laylí Quinteros Loza

Corrección de estilo: Mauricio Alvarado Dávila

Cuidado de la edición: Juan Carlos Cabezas

Foto de portada: 123RF

5ta. Avenida Editores

Av. 12 de Octubre N24-739 y Colón

Edif. Boreal, Torre B Ofi. 614

02 382 6901 - 02 602 0761 - 02 604 6839

www.lagranmanzana.com.ec

ISBN: 978-9942-8524-1-0

Impresión: Gráficas Benic

HECHO EN ECUADOR, SEPTIEMBRE 2014

Presentación ILDIS 4

Introducción

La polisemia del fútbol 7
Fernando Carrión y María José Rodríguez

Capítulo 1

Estado, mercado y fútbol

La dimensión política del fútbol: su fascinación y encanto 27
Fernando Carrión

¿Globalización o hipermercantilización del fútbol? 47
Pablo Samaniego

Fútbol, disciplinamiento, culpa y olvido: nuevas andanzas del Mundial del 78 63
Pablo Alabarces

México 86: el fútbol en medio de las crisis 87
León Felipe Telléz Contreras

Copa del Mundo en Brasil: un tsunami de capitales que profundizan las desigualdades urbanas 115
Erminia Maricato

Fútbol brasileño: de la *ginga* local a la globalización 137
Paulo Ormino de Azevedo

Capítulo 2

Conflictividad social y violencia alrededor del fútbol

Cuando la ciudad sale a la calle: megaeventos, meganegocios, mega-protestas en Brasil, 2013 153
Carlos Vainer

“No queremos goles, queremos frijoles”, México mundialista: 1970 y 1986 171
Sergio Varela Hernández

Violencia en el fútbol: razones de una sinrazón 195
Fernando Carrión

Los actores y la seguridad en el fútbol. Una lectura desde Argentina 213
Marcelo Saín y Nicolás Rodríguez Games

Situación brasileña en evidencia 241
Heloisa Reis, Felipe Tavares Paes Lopes, Mariana Z. Martins

Mafias entorno al deporte más popular del mundo <i>Francesco Forgiione</i>	265
--	-----

Capítulo 3 **Territorio y fútbol**

El fútbol: la construcción de múltiples identidades en conflicto <i>Carlos Alberto Máximo Pimenta</i>	291
---	-----

El fútbol, territorio (local, nacional, global) de pasión y de tedio <i>Sergio Villena</i>	313
--	-----

Goles barriales, mujeres en el fútbol barrial <i>Karina Borja</i>	341
---	-----

Río de Janeiro, la excepción: la ciudad de clubes-barrio. Un ensayo sobre tipologías escalares del fútbol <i>Pedro Abramo y Arantxa Rodríguez</i>	367
---	-----

Fútbol y territorio: Identidades fragmentadas en la ciudad de Buenos Aires <i>Daniel Míguez y José Garriga Zucal</i>	401
--	-----

Montevideo: fútbol barrial e identidades sociales urbanas <i>Nelson Inda</i>	425
--	-----

La Vuelta a Boedo de San Lorenzo de Almagro <i>Marcelo Corti</i>	451
--	-----

Capítulo 4 **Desarrollo urbano y fútbol**

La ciudad que tiene nombre de equipo de fútbol: Barcelona <i>Gabriel Colomé</i>	469
---	-----

Modernidad, identidad y fútbol. La ciudad de Lima y el Club Alianza Lima <i>Aldo Panfichi</i>	483
---	-----

Liga de Loja y su impacto económico <i>Kevin Jiménez V.</i>	497
---	-----

El fútbol y la ciudad, la ciudad y el fútbol: simetrías en América Latina <i>Óscar Figueroa y Martín Figueroa</i>	517
---	-----

Fútbol, disciplinamiento, culpa y olvido:

nuevas andanzas del Mundial del 78

*Pablo Alabarces*⁵⁶

⁵⁶ Es licenciado en Letras (UBA), magister en Sociología de la Cultura (Unsam) y doctor en Sociología (University of Brighton, Inglaterra). Es profesor de Cultura Popular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sus investigaciones incluyen estudios sobre el *rock* nacional y la música popular, las culturas juveniles y las culturas futbolísticas. En 2011 publicó su último libro, *Peronistas, populistas y plebeyos*.

Fútbol, disciplinamiento, culpa y olvido: nuevas andanzas del Mundial de 1978⁵⁷

La metáfora de los “ríos de tinta” es aquí absolutamente inútil: sobre el infausto Mundial de 1978 no se ha escrito lo suficiente. Y mucho menos desde las ciencias sociales, que apenas lo han mencionado entre las marcas inolvidables de la dictadura o, lo que es más usual, como ejemplo máximo de una exitosa alienación de masas. Para el periodismo, por su parte, cualquier indagación más o menos rigurosa choca de buenas a primeras con la notoria y activa (y entusiasta) participación de una buena cantidad de colegas insospechados de colaboracionismo; y, para irritación del *menottismo*, aún hoy activo y fundamentalista (pienso en casos patológicos como el del periodista Horacio Pagani, pero también en otros menos militantes), esa indagación no puede soslayar el incontrastable dato del sospechado partido con Perú. Ante ese cuadro, volver a pensar el Mundial de modos menos esquemáticos es una tarea indispensable.

En los últimos tiempos ha surgido más interés en el Mundial, especialmente desde la historia, aunque también desde la sociología. Paradójicamente, hay un par de tesis de doctorado en curso, pero no en la Argentina: una en Brasil, otra en Colombia. El joven historiador brasileño Ernesto Sobocinski Marczal es uno de los realizadores, y muchas de mis afirmaciones se respaldan en sus hallazgos. También se publicaron, entre 2005 y 2008, tres libros de periodistas: los de Pablo Llonto, Fernando Ferreira y Ricardo Grotta, con los que este texto dialoga continuamente.

Teníamos un Mundial (caro, pero el peor)

La Argentina fue designada para organizar el Mundial de 1978 en la Presidencia del general Lanusse, en 1972, luego de los acuerdos alcanzados en la FIFA en 1966. En setiembre de 1973, el flamante Gobierno peronista designó

57 Un largo capítulo dedicado al Mundial de 1978 está en mi *Fútbol y Patria*, de 2002, revisado en 2008 (ambas en Buenos Aires, Prometeo). Esta versión es una reescritura muy expandida, con nuevos materiales consultados, que formará parte de un nuevo libro: *El fin del fútbol*, por ser editado por Aguilar, Buenos Aires, en 2014.

la primera comisión organizadora. El entonces poderoso ministro José López Rega fue parte activa de esa organización y firmó el 12 de mayo de 1974 un decreto para nombrar una Comisión de Apoyo al Mundial. Ese decreto incluía una cláusula que auguraba el desaguisado financiero, ya que se exceptuaban “por un plazo de 90 días a partir de la firma del presente, de las disposiciones establecidas por el decreto 5720/72, Régimen de las Contrataciones del Estado, las compras que en función de los considerandos del presente deban realizarse, autorizándose a la Comisión la concentración de compras directas, cualquiera fuera su monto”.

Apenas producido el golpe militar que derrocó a la presidenta Isabel Perón, los primeros comunicados de la Junta Militar del miércoles 24 de marzo de 1976 hablaban de suspensión de derechos, intervenciones y prohibiciones. Pero el comunicado número 23 informaba que se interrumpía la transmisión de la cadena nacional para permitir la difusión en directo del partido Argentina-Polonia, que se jugaría en Chorzow como parte de una gira de preparación de la Selección rumbo al Mundial. Era solo un comienzo, que permite inferir el lugar que ocuparía el fútbol para la dictadura: la tan famosa “cortina de humo”.

Constituida la Junta Militar, integrada por el general Videla, el almirante Massera y el brigadier Agosti, la cuestión de la organización de la Copa de 1978 se transformó en un eje de debate. En su primera reunión, Massera comenzó sus presiones a favor de la realización: sus argumentos colocaron lo que sería la tesis central del operativo, la necesidad de presentar una novedosa “imagen argentina ante el mundo”, y su insistencia en que “no podía costar más de 70 millones de dólares”. Alguien intentó explicar luego que las obras demandarían una inversión mayor, pero el presidente Videla no se preocupó. “Aunque cueste cien millones, no hay problemas”, señaló. En mayo, ante la falta de decisiones concretas, la FIFA solicitó una definición: la respuesta fue decididamente positiva, a pesar de las objeciones de la conducción económica, que resistía la utilización de fondos estatales a raíz de la delicada situación de las cuentas.

A partir de allí, y en pocos días, se consolidó la fachada institucional con la que el Gobierno militar tomó posesión de todo lo relacionado con el fútbol. El capitán de navío Carlos A. Lacoste, cómplice personal de Massera

en estas andanzas, convocó al entonces presidente de Boca Juniors, Alberto J. Armando, entusiasta partidario de todas las dictaduras desde 1955, para encargarle la renuncia de la cúpula de la AFA. La resistencia inicial del presidente David Bracutto –hombre del sindicato metalúrgico y peronista, y ex presidente de Huracán– se encontró con el bloqueo de todas las cuentas bancarias de la Asociación el 30 de marzo, por lo que debió ceder. Tras un brevísimo interinato de un gerente administrativo, el 1 de mayo los dirigentes de los clubes votaron al candidato de Massera y Lacoste: el abogado Alfredo Cantilo, cuya única relación con el fútbol era su condición de hincha de Vélez Sarsfield. Finalmente, el 1 de septiembre, la AFA dictó la resolución 309, que prohibía la transferencia internacional de 66 jugadores –una lista preparada por el director técnico César Luis Menotti–, asegurando así la disponibilidad de la mano de obra. La dictadura había violado ya tantos derechos laborales que este gesto parecía nimio.

En junio se creó el Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78), organismo que se encargaría de todo lo relacionado con la organización del campeonato: su presidente fue el general de Ejército Omar Actis, un ingeniero militar que proponía la realización de un “Mundial austero”. Su vicepresidente fue colocado por la marina: el obvio Lacoste. El 6 de julio de 1976 se dictó la ley 21349, que declaró el Mundial de “interés nacional”. El 19 de agosto, el general Actis convocó a una conferencia de prensa para anunciar sus planes: fue asesinado esa misma mañana. El 27 de agosto fue nombrado en su reemplazo el general Antonio Merlo, conservando Lacoste su lugar. La muerte de Actis fue adjudicada a la guerrilla; sin embargo, el rol preponderante que pasó a cumplir Lacoste, desplazando en la práctica a Merlo, llevó a muchos a suponer un crimen por encargo, que permitiera a la Marina tomar el control de la organización. Es la versión que suscribe el periodista Fernando Ferreira en su libro *Hechos pelota*, de 2008, y que comparte Ricardo Gotta en *Fuimos campeones*, del mismo año. Sin embargo, en su libro *La vergüenza de todos*, de 2005, Pablo Llonto sostiene que Roberto Perdía, miembro de la conducción de la guerrilla montonera, asumió su responsabilidad en el atentado. Lo cierto es que a los pocos meses fue dictado el decreto 1261 de abril de 1977, que facultó al EAM para realizar toda clase de convenio amparado “en razones de urgencia, seguridad

y reserva en la difusión de sus actos”. La puerta del desaguisado financiero y la corruptela extendida estaba definitivamente abierta.

Llonto afirma además que el Régimen canjeó con el presidente de la FIFA, el brasileño João Havelange, la organización del torneo por la liberación de Paulo Antonio Paranaguá, hijo de un diplomático brasileño detenido por el Ejército en 1977 junto a su novia. “General, usted tiene mi palabra. La FIFA no pondrá en duda a la Argentina como organizadora y tendrán todo nuestro respaldo”, le dijo el número uno del fútbol mundial al número uno de la dictadura, según Llonto.

Los primeros datos del EAM proponían un costo total de 200 millones de dólares: pero el costo final superó los 500. La magnitud de la diferencia llevó incluso a una polémica interna: el secretario de Hacienda de la dictadura, Juan Alemann, hizo pública su opinión crítica respecto de los gastos, sosteniendo que el costo final fue de 700 millones de dólares. El general Merlo reconoció solo 500, alegando como justificativo que buena parte de las obras era en infraestructura (camino, hoteles, aeropuertos, estadios, televisoras). Justamente, la construcción de Argentina Televisora Color (ATC), un nuevo edificio para la emisora televisiva del Estado, costó 40 millones en el edificio y 30 más en equipamiento. Los gastos no fueron, empero, solo en edificios: el EAM también contrató una consultora norteamericana, Burson y Masteller, para asesorar en estrategias comunicacionales destinadas a contrastar la imagen argentina en Europa, rodeada de las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos.

El fracaso económico del Campeonato fue abrumador: en una etapa en la que la televisación no representaba ingresos económicos tan importantes, el eje de los inversores estaba puesto en la afluencia de visitantes extranjeros. Se estimaron de 50 a 60 mil turistas: llegaron solo 7.000, más 2.400 periodistas y 400 invitados.

El costo total del Mundial, según los datos oficiales producidos por el EAM, alcanzó a \$ 521 494 931; descontados 9 642 360 de ingresos, el balance final resultó en un costo de \$ 511 852 571, como afirman Gilbert y Vitagliano en *El terror y la gloria*, de 1998 (recordemos que Alemann insiste en que el costo llegó a los \$ 700 millones). Como comparación, el costo total del campeonato siguiente, España 1982, fue de \$ 150

millones. Para demostrar que las discusiones internas respecto del costo del Campeonato estaban sujetas a la misma lógica que la política general del Gobierno, el 21 de junio, exactamente a la hora en que el equipo argentino convertía el cuarto gol contra Perú (las 20.20 hs.), que lo clasificaba para la final del torneo, explotó una bomba en el domicilio de Alemann, a 50 metros de una unidad policial. Aunque se acusó a la guerrilla montonera, Alemann siempre asignó la responsabilidad a la Marina.

Además del nuevo edificio para el canal de televisión y su equipamiento para la transmisión en color, los gastos incluyeron la remodelación de tres estadios ya existentes –dos en Buenos Aires, River Plate y Vélez Sarsfield, y uno en Rosario, Rosario Central– y la construcción de tres nuevos, en Mar del Plata, Mendoza y Córdoba. De estos, solo el estadio cordobés se justificaba, en razón del promedio de venta de entradas en los partidos que jugaba el principal equipo, Talleres, y la existencia de otros tres equipos de importancia (Belgrano, Instituto y Racing), aunque hasta ese momento ninguno jugaba con continuidad en el torneo de la Primera División argentina (Talleres lo haría tres años después). En Mendoza, apenas recientemente –más de treinta años después del Mundial– hay un equipo jugando regularmente en la Primera División (Godoy Cruz). En Mar del Plata, nunca hubo un equipo con esas características. Ambos estadios se utilizaron, durante tres décadas, solo para torneos veraniegos o circunstancias especiales –dos Copas América, un Juego Panamericano, un Torneo Mundial de Fútbol sub-20: cuatro acontecimientos en treinta y cinco años–, demostrando continuamente su condición de “elefantes blancos”, una herencia ya clásica de la organización dispendiosa y poco planificada de grandes eventos deportivos.

Las obras en infraestructura incluyeron algunas remodelaciones en los aeropuertos de las sedes, pero no en caminos o ferrocarriles. La mayor obra de la dictadura fue encarada por el intendente de la ciudad de Buenos Aires, el aviador militar Cacciatore, que derrumbó una enorme cantidad de viviendas para tender una autopista urbana, cortando la ciudad de este a oeste. Aunque esta fue la marca más perdurable en la arquitectura urbana, no estuvo lista para el Mundial, a pesar de que su recorrido llegaba hasta la sede del estadio de Vélez Sarsfield: los turistas asistieron solo a sus obras. Estos

mecanismos urbanísticos han sido señalados como parte de una operación simultánea de disciplinamiento y “blanqueamiento” de las ciudades: en este último caso, debe contarse la expulsión de mendigos y migrantes desarrollada en varias ciudades durante todo el período.

La realización del Mundial no enfrentó, localmente, voces opositoras. Podría argumentarse: no las había porque eran reprimidas. Sin embargo, desde antes de la llegada de la dictadura, el periodista Dante Panzeri había insistido en que organizar el Mundial era una locura. Panzeri afirmaba, en la revista *Chaupinela* en 1975, que “El Mundial 78’ no se debiera organizar en la argentina por las mismas razones por las que un tipo que no tiene guita para ponerle nafta a un Ford T no debe comprarse un Torino. Si lo hace, es porque a alguien le está afanando”. Panzeri desplegaba estos argumentos en polémica con los que, en la misma revista, presentaba el relator radiofónico José María Muñoz, que consideraba que “el Mundial es el hecho más importante en materia de difusión del país, que se puede producir en este siglo veinte para la República argentina”. La tónica de Muñoz avanzaba en pretender demostrar que nada podía salir mal y que el destino era, simultáneamente, ganancia financiera y éxito publicitario. Su militancia mundialera le valió ser designado por la dictadura a cargo del área de prensa del Mundial –aunque Muñoz sostuvo que lo hizo sin remuneración–. Es difícil creerle.

Por su parte, Panzeri, que deambulaba por distintas publicaciones gráficas, sostenía a rajacinchá su oposición. Tanto es así que fue convocado por el mismísimo Lacoste a una reunión personal, a la que Panzeri llevó una carpeta con datos demostrando los riesgos económicos. Todo esto fue relatado por el mismo Panzeri, un liberal a la vieja usanza al que los militares no intimidaban –y este relato, junto con las notas tomadas por Panzeri durante la reunión, fueron recopiladas por Matías Bauso en su antología de la obra de Panzeri, *Dirigentes, decencia y wines*, de 2013. Panzeri murió en 1978, antes del inicio del Mundial, pero no fue perseguido por estas posiciones. Esto no permite afirmar que cualquier posición alternativa sería tolerada; pero nos exige preguntarnos hasta qué punto la ausencia de oposición era un producto de la censura y el miedo o, más bien, una manifestación del consenso civil que tenía la organización de la Copa del Mundo.

La nuestra y el esencialismo disciplinado

La designación de César Menotti como técnico del seleccionado argentino en 1974, tras el fracaso en el Mundial de Alemania, significó el inicio de un nuevo ciclo: los éxitos deportivos entre 1974 y 1982, obteniendo un primer título mundial en 1978 y el campeonato del mundo juvenil en 1979, se basaron en la reaparición del relato mítico original del estilo argentino, *la nuestra*. Menotti argumentaba con vehemencia a favor de ese relato repudiando el ciclo desarrollista de los años sesenta como una “desviación” respecto del mito. Pero ese discurso esencialista coincidía ideológicamente con el momento en que la dictadura militar argentina defendía “el tradicional estilo de vida argentino” contra la “amenaza comunista”. Esa tendencia tradicionalista de la dictadura aparecía claramente puesta en escena en el Mundial con la elección de su mascota: previsiblemente, fue un pequeño *gaucho*, llamado *Pampita*. El tradicionalismo esencialista del Gobierno militar debía por fuerza ser ruralista, y la recuperación del gaucho era un movimiento consecuente. Otra muestra de la misma tendencia se dio en el desfile inaugural: cada delegación (en realidad, representados por jóvenes argentinos vestidos con ropas deportivas portando un cartel identificatorio del supuesto país escenificado) era encabezada por una pareja vestida con trajes “típicos”, que en el caso argentino eran, previsiblemente, un *gaucho* y una *paisana*.

Sin embargo, el discurso de Menotti ha sido considerado, paradójicamente, como *de izquierda* por cierto periodismo que se autopercibe como “progresista”. El esencialismo *menottista* colocaba el estilo de juego argentino como opuesto a la mecanización europea y a la mercantilización en exceso del deporte profesional; una suerte de neoromanticismo –por eso mismo, esencialista y reaccionario– seductor, que disfrazaba el anacronismo en una retórica progresista, aunque bastante insustancial. El elogio indiscriminado de los *menottistas* –como llamaremos a los periodistas que lo transformaron en un líder ideológico, antes que en un humilde entrenador– nunca reparó en que el propio Menotti llamaba a su ciclo como “Proceso”, la misma denominación de la dictadura (“Proceso de Reorganización Nacional”), o que su crítica a la mercantilización no lo sustrajo a la lógica del deporte en el capita-

lismo –participando, incluso, en la compra-venta de jugadores–. Pero lo que vuelve más paradójico este discurso es que Menotti, mientras reivindicaba el estilo moroso y de pelota al pie que habría caracterizado esencialmente al fútbol argentino (la famosa “nuestra”), concentró el equipo durante casi dos meses a los efectos de proporcionar una preparación atlética definida como “moderna” y “europea”, a los efectos de suplir un presunto déficit nativo. Este sería un rasgo compartido con la mítica Selección de Brasil de 1970, mito avivado por el propio Menotti y el *menottismo*: a pesar de que se destaca la calidad “brasileña” de su juego vistoso, nunca se recuerda que, como señaló el colega brasileño Ronaldo Helal, también pasó por un “proceso” similar de entrenamiento, tendiente además a disminuir los efectos de la altura mexicana. Y ese equipo también fue organizado bajo una dictadura, aunque ésta prefirió echar al técnico João Saldanha, miembro histórico del Partido Comunista Brasileño –como presuntamente era Menotti–, antes de la Copa de 1970.

Menotti sabía que Saldanha fue echado antes de la Copa de 1970 por comunista, perdiendo así la oportunidad de pasar a la historia como entrenador de ese equipo inolvidable. Y también sabía que la trama brasileña era más compleja: que junto a la dictadura existía una sociedad civil que compartía y consensuaba las direcciones dictatoriales. Finalmente, el que echó a Saldanha fue Havelange, presidente de la Confederación Brasileña de Fútbol, y no el dictador Médici. Menotti, entonces, decidió no ser un nuevo Saldanha: no hizo pública su militancia –solo lo haría años después, cuando precisaba argumentos para defender sus posiciones– y construyó una red de relaciones civiles que lo respaldaran. Fundamentalmente, con *Clarín* y *El Gráfico*.

Todo esta operación fue bien descrita por Diego Roldán como una “espontaneidad regulada”, la combinación de los discursos esencialistas *menottistas* con el desarrollismo autoritario que caracterizó a toda la dictadura –y, por añadidura, al ciclo *menottista*, y que pudo verse en su plenitud ya en la fiesta de inauguración del campeonato.

Si las inauguraciones ponen en escena lo que una sociedad piensa de sí misma, la pregunta crucial es por quién organiza esa percepción y quién produce esa representación. En el caso de la Copa de 1978, el organizador y el productor era el Estado dictatorial: eran los militares que ocupaban el po-

der. Por eso, no podía esperarse ningún tipo de representación democrática; no podía esperarse que pusieran en escena los deseos de paz y progreso de nuestros pueblos empobrecidos y castigados, los sueños de igualdad y emancipación de nuestros pueblos desiguales y oprimidos. Lo que se vio fue el sueño militar: una sociedad disciplinada, ordenada, limpia, sin manchas o suciedades, sin disrupciones o transgresiones. Lo que se vio fue miles de jóvenes vestidos rigurosamente de blanco –aunque en ropas deportivas provistas por Adidas–, moviéndose disciplinadamente al sonido de silbatos que ordenaban los movimientos, los desplazamientos, los saltos, las figuras.

Todo muy disciplinado, muy ordenado, muy militar, en suma. Y enormemente aburrido. Al día siguiente, los diarios resaltaban el enorme éxito de una puesta en escena tan “ordenada”. Para terminar, la inauguración final la produce el jefe de Estado del país organizador (protocolo que incluye también a los Juegos Olímpicos). En ese caso, fue el general Videla, hoy asesino probado y condenado; entonces, un militar en plena posesión del poder de vida y muerte que arengó a los presentes como si fueran una tropa de cuartel.

Y la música: “25 millones de argentinos/jugaremos el Mundial”, con un coro potente –el del Coro Estable del Teatro Colón, dirigido por algún sargento músico–, tan potente como su marchoso arreglo, pleno de acordes marciales y ritmos pesadamente de banda militar. Decididamente, un espanto. Deberíamos avergonzarnos más de esa parafernalia inaugural –incluida, especialmente, la música– que del partido con Perú. Nada menos.

¿Quién habla? Las voces y los silencios

El *menottismo* de la redacción de *Clarín* no se debe a la censura o a las prohibiciones dictatoriales, como coinciden Llonto (con más énfasis), Ferreira y Gotta. Se trata de un consenso activo y explícito, que no implica, necesariamente, consenso con la dictadura, pero sí incapacidad para marcar distancia crítica para con ella y para las implicancias de la organización de la Copa. Por ejemplo, sobre el partido con Perú, aspecto sobre el que volveremos. En el caso de la otra gran publicación deportiva, la revista *El Gráfico*, la coincidencia es más amplia: toda la editorial Atlántida se transformó en vocera oficiosa y propa-

gandista del Régimen: la tapa del semanario político *Somos*, tras el éxito en la final contra Holanda, mostraba al dictador Videla festejando los goles, no a Passarella levantando la Copa. Las afinidades no eran solo futbolísticas: eran militantemente prodictatoriales, aunque uno de sus responsables, Ernesto Cherquis Bialo (hoy vocero de prensa de la AFA), alegara desconocimiento de la magnitud de la masacre que se estaba llevando a cabo –como afirma en el libro de Ferreira.

Estos mecanismos no son privativos de *Clarín* o *El Gráfico*. La censura era férrea, a veces tanto que se volvía ridícula: todas las fuentes insisten en una directiva oficial prohibiendo las críticas deportivas a Menotti y al equipo nacional. Pero la extensión de los textos celebratorios nos permite hablar también de una hegemonía y un consenso que la mayoría de los periodistas deportivos no estaban interesados en discutir. La celebración del *menottismo* era absolutamente consensuada en el campo: estos discursos venían circulando desde años atrás –como lo prueba el tratamiento del exitoso ciclo de Estudiantes de La Plata a finales de los años sesenta, calificado como aberrante por los cultores de las narrativas esencialistas. Por cierto que, en el período, la violencia y el terror de la dictadura funcionaron como coacción suficiente para evitar cualquier asomo de distancia o resistencia en todos los discursos públicos.

Al revisar las publicaciones de esos años, en principio aparece un solo texto: el discurso oficial. Toda otra palabra, en el contexto de la dictadura, queda silenciada. Los testimonios sobre el Mundial que señalen un grado máximo o mínimo de distancia solo aparecen hacia el final de la dictadura, cuando el campeonato comienza a transformarse en una metáfora del ocultamiento y el silencio, frente a su tratamiento como *júbilo*, *festejo* y *unitarismo* en el momento de su realización. Frente al Mundial, en el clima exitosamente represivo que la dictadura instaló desde 1976, solo parece que cabían dos voces disidentes: la del exilio, que no circula en la Argentina; y la del ya entonces nombrado como “movimiento del rock nacional”, que en su publicación más exitosa y representativa, la revista *Expreso Imaginario*, optó por la más radical de las disidencias: el silencio absoluto. *Expreso Imaginario* no hizo ninguna mención al torneo en todo el año 1978. En un momento en que el Mundial domina todos los textos, el silencio resulta significativo.

Pero hay otras posibilidades. Una es el humor, o más bien la revista *Humo*®, que apareció exactamente en ese momento, en el mes de junio de 1978, y que editorializaba al respecto a través de su tapa, con la caricatura de Menotti ostentando las reconocibles –por su amplitud y tamaño– orejas del ministro de Economía, Martínez de Hoz, y el título “Menotti de Hoz dijo: el Mundial se hace, cueste lo que cueste”. La asociación de Menotti con la dictadura –con nada menos que su súper-ministro– es muy novedosa, y constituye posiblemente la crítica más fuerte publicada en todo el año 1978. En el segundo número, publicado después del éxito deportivo, *Humo*® afirmaba que

“El Mundial nos sacudió y nos hizo temblar las mallas y los *shorts*, como a todo el mundo. Hicimos algunos intentos de tomar el asunto con frialdad técnica y profesional, pero la media docena frente a Perú se nos subió a la garganta y con lágrimas en los ojos y una pelota en el estómago seguimos así hasta la final” (página 9).

El análisis específico del éxito sustrae cualquier referencia al planeamiento, la organización, el Gobierno y hasta los devaneos tácticos e ideológicos de Menotti. El éxito deportivo fue producto de una alianza entre los jugadores y el fervor del público:

“Pero el entusiasmo prendió en la gente. Sin límites. Con todo el fervor y el amor que se desprende de la identificación con una camiseta. Y creemos que de ahí vinieron las seis pepas a Perú y todo lo demás. De ganas de sacarse de encima las aprendidas clases de ‘dinámica’ y ‘mecánica’. De dejar la escolita y la buena letra. El fervor bajó de las tribunas a la cancha y se metió en el arco del Argentino-Peruano Quiroga y del holandés Jongbloed tantas veces como se necesitaba. Pensamos que con eso se ganó. Y –ese sí mérito de Menotti– con un grupo (humano, ¿qué otra cosa se puede ser un grupo de personas?) que se formó a su amparo, como ex buen jugador y canchero para manejarse entre jugadores. Y así nació lo que pareció ser una buena ‘pandilla’, unida quizás como los Campanelli, necesaria tanto para ganar un campeonato de bancarios cuanto un mundial” (Página 15).

Como analiza Ernesto Sobocinski Marczal, lo que *Humo*® hace es una lectura política y social del fenómeno, con inteligencia, desplazándolo al mundo de lo afectivo y descartando las sobreinterpretaciones del resto de la prensa, que analizaba el éxito –siguiendo el guión fijado por la dictadura– como una

metáfora de los destinos de la patria y sus alrededores. La ya citada tapa de *Somos*, con Videla ostentaba el título de *Los argentinos y el mundial: un país que cambió*. Para *Humo*®, en cambio, nada había cambiado, y había mucho por cuestionar, como desplegaría en los cinco años siguientes de crítica ácida y mordaz a la dictadura.

Dijimos: la otra voz es la del exilio, que no circula. Debemos corregirnos: circulaba por referencia. Por supuesto, no existía la posibilidad de que un volante o un manifiesto denunciando los campos de concentración, las desapariciones, las torturas y los asesinatos fuera reproducido por la prensa: para eso estaba la censura o, mejor aún, la autocensura, presentada tiempo después como cordura y prudencia. Sin embargo, como es sabido, los grupos de exiliados y sus apoyos locales, especialmente en Europa, militaron duramente la posibilidad de un boicot al campeonato, instando a los Gobiernos a que prohibieran la participación de sus equipos de fútbol –y debemos reconocer que ese boicot hubiera producido un efecto de imagen devastador; pero la respuesta de todos los Estados europeos fue unánimemente negativa. Y bien: esos textos no circulaban, pero la prensa argentina los conocía, y decidió militar contra ellos. Los calificaron de “campaña antiargentina”, sostuvieron que se trataba de la acción de grupos subversivos nacionales en alianza con una conspiración marxista internacional e invitaron a sus lectores a repudiarlos, por ejemplo, enviando postales preimpresas o cartas ya formateadas dirigidas a los mismos Gobiernos.

Entonces, indirectamente, esos textos se conocían. Para ser más precisos: ningún periodista con funciones más o menos jerárquicas en cualquier medio de prensa local en 1978 dejó de conocerlos, y sobre ellos produjeron sus contratextos, desenfadadamente pro-dictatoriales. Y esto implica otra afirmación: a pesar del desconocimiento sobre la magnitud de la represión alegado por, por ejemplo, Ernesto Cherquis Bialo o Samuel “Chiche” Gelblung, ambos integrantes de los equipos responsables de las publicaciones de Editorial Atlántida, todos ellos conocían, gracias a esas denuncias, que en la Argentina se secuestraba, torturaba y mataba masivamente. Y se hicieron soberanamente los tontos.

El colmo

Meses después del torneo, el filme *La fiesta de todos* (dirigido por Sergio Renán en 1979) se encargó de compilar y exhibir lo peor que tenían a mano: la aquiescencia, el consenso, la complicidad, la genuflexión, frente a los dictadores. Y hasta la xenofobia, que aparece de manera desembozada en la voz del narrador folclórico Luis Landriscina: “Era inevitable. Nuestra alegría significaba la tristeza de los brasileros. Y bueno. En otros tiempos, ellos festejaban como si fueran carnavales sus victorias, mientras nosotros nos conformábamos con ser campeones morales”.

La película es peor de lo que la recordaba: causa más irritación y hasta, diría, pánico moral. No se priva de nada: ni siquiera de la exhibición de los Videla o los Lacoste, aunque se trata de una producción privada, con créditos oficiales, como todo filme argentino, pero privada al fin: que debe someterse a la censura, como todo texto, pero que no está obligado a decir lo que no quiere decir, sino a callar lo que no puede decir. Pero, repito, no se privaron de nada.

Como ya analizamos en otro lugar, la película es reaccionaria por donde la busquemos. Por ejemplo, en términos de género, las mujeres deben incluirse, porque el *todos* de *La fiesta* es demasiado poderoso, pero con la exclusión del saber deportivo, como un público que solo defiende una bandera y unas preferencias erótico-estéticas: la mujer “invade y alegra los estadios”, para elogiar “la pinta de Paolo Rossi” (“con los ojos que tiene...”). Ese menosprecio disfrazado de reconocimiento llega a su clímax con una intervención de la escritora Martha Lynch, quien afirma: “Ya el fútbol había pasado a ser una cosa más importante que *las vidrieras* y *las peluquerías*” (el subrayado es mío). Lo juro, dice eso. Y no es Malvina Pastorino, reiterada actriz de todos los bodrios fascistas de la cinematografía argentina en pareja con su pareja, Luis Sandrini –otro dinosaurio reiterado, y ambos aparecen en el filme, por supuesto–. Insisto: es Martha Lynch, ya entonces autora exitosa, que había militado en el desarrollismo, había viajado a buscar a Perón en 1973 y militaría sus convicciones democráticas con el presidente Alfonsín en 1983.

La narración del filme se confía a la locución del periodista Roberto Maidana y a la actuación de “artistas populares” (Nélida Lobato y el citado

Landriscina, como locutores; Juan Carlos Calabró, Ricardo Espalter, Mario Sánchez, Luis Sandrini, Julio de Grazia, Ricardo Darín, como actores de ficcionalizaciones de quinta categoría) y a periodistas deportivos (Néstor Ibarra, Enrique Macaya Márquez, Diego Bonadeo, Héctor Drazer). De todos ellos, solo conocemos el arrepentimiento de Bonadeo: el resto se ha refugiado en el silencio o en el consabido “no sabíamos lo que estaba pasando”. El cierre se le confía a un intelectual, que funciona aquí como vocero orgánico de la dictadura: se trata del historiador Félix Luna, que a un costado de los festejos por el triunfo afirma en cámara la interpretación oficial:

Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto en mi vida a un pueblo maduro, realizado, vibrando con un sentimiento común, sin que nadie se sienta derrotado o marginado. Y tal vez por primera vez en este país, sin que la alegría de algunos signifique la pena de otros...

A lo que el locutor agrega como coda: “Esta fue nuestra mejor fiesta. Porque fue la fiesta de todos”. El texto no tiene grandes diferencias conceptuales con las palabras de Videla al terminar el torneo: “Es el júbilo de un pueblo que (...) festeja un reencuentro consigo mismo, un pueblo que se siente orgulloso de su pasado, que no reniega de su presente y que asume con heroico optimismo el futuro inmediato”.

La película es *menottista* hasta la obsecuencia: la voz de Menotti está continuamente presente, y especialmente en un momento clave. Porque el filme narra todo el Mundial, con especial atención en los partidos de Argentina. Siempre hay un locutor sintetizando el desarrollo, marcando alguna anécdota, subrayando una jugada. Salvo en un juego, el 6 a 0 contra Perú, en el que toda la síntesis se narra con sonido ambiente, hasta que el pitazo final se pisa con la voz de Menotti hablando de pasión y, claro, pasión popular. La única explicación para lo acontecido.

La culpa

La discusión sobre el partido con Perú no va a comenzar hasta mucho después: nadie puso en duda, en la Argentina, la legitimidad y legalidad del triun-

fo, a pesar de que en el resto del mundo –en primer lugar, en la prensa brasileña– el partido fue rápida y reiteradamente calificado como producto de un acto de corrupción, de negociaciones Gobierno a Gobierno, de sobornos masivos. En 1979, el jugador peruano Rodolfo Manzo, a la sazón jugando en la Argentina, habló de la existencia de sobornos, para retractarse –para ser obligado a retractarse– al día siguiente. Pero Manzo había sido transferido a Vélez Sarsfield a pesar de no haber sido un jugador destacado, e incluso Ricardo Gotta señala que su pase había comenzado a negociarse como parte de la operación de “seducción” de los jugadores peruanos: el presidente de Vélez era Ricardo Petracca, a la sazón importante directivo también en la AFA y a la vez contratista de algunas de las obras de reforma de los estadios.

Lo cierto es que Manzo habría hablado en una reunión con el plantel de Vélez. Los que difundieron sus declaraciones, el técnico Antonio d’Accorso y el preparador físico Jorge Fernández, sostuvieron que Manzo había reconocido que todos los jugadores peruanos cobraron sobornos, con la excepción de Juan José Muñante. Fernández le reiteró esas declaraciones a Pablo Llonto, recordando que, a pesar de una amenaza en ese sentido, Manzo jamás le hizo juicio por calumnias. A su vez, Llonto agrega el testimonio del jugador Juan Carlos Oblitas, que en 1986 afirmó: “Cuatro o cinco jugadores peruanos recibieron dinero”.

Años después, cuando ya la discusión sobre el partido estaba en su apogeo, el periodista inglés David Yallop, famoso por sus libros de denuncias periodísticas –por ejemplo, sobre la muerte del papa Juan Pablo I–, publicó en 1999 su *Cómo se robaron la copa*, en el que enumera, como donativos oficiales del Gobierno argentino, 35 000 toneladas de granos, el descongelamiento de una línea de crédito a Perú por 50 millones de dólares y sobornos menores a funcionarios mediante cuentas de la Armada. También agrega que 20 000 dólares habrían sido entregados a tres jugadores a través de un “antiguo miembro de la junta peruana”, pero no da más detalles al respecto.

Por su parte, Ricardo Gotta, el periodista argentino que trabaja con más detalle el partido fatídico, enumera la confesión de Manzo, ciertas llamadas sospechosas entre funcionarios argentinos y peruanos, la donación de trigo –que estima en dos millones de dólares–, la fluidez del contacto entre ambas dictaduras, que el propio hijo del dictador peruano Morales Bermúdez

presidía la delegación. Pero, además, despliega un análisis del partido en el que resalta una larga serie de errores de los defensores peruanos –especialmente el propio Manzo–, errores inexplicables en ese nivel.

Veamos el partido, con algún desapasionamiento. El segundo gol, el de Tarantini, es una de esas vergüenzas por las que reclamaríamos la expulsión y el exilio de una defensa propia. Pero hay algo más: en la famosa jugada en la que el tiro de Muñante pega en el palo de Fillol, al comienzo del juego, la conspiración que debe ser denunciada es la de Tarantini. El ruliento marcador se dedica a correr a Muñante y tomarle la patente, pero lo alcanza, gana la posición... y pierde la pelota, dejándosela servida al peruano. Tarantini parece –imagino– mirar al palco de Videla y pedir perdón, suplicando que no lo fusilen.

La mejor interpretación la ofreció el documental *Mundial 78: la historia paralela*, producido por Cuatro Cabezas, con guion de Ezequiel Fernández Moores e idea y producción general de Gonzalo Bonadeo, Diego Guebel y Mario Pergolini, en 2003. El filme es el primero en afirmar que el dictador Videla visitó el vestuario peruano, acompañado nada menos que por el exsecretario de Estado estadounidense Henry Kissinger, para hablar de la unidad latinoamericana y desear suerte a los deportistas. Esta versión es recuperada por Llonto, Gotta y Ferreira en sus libros. Juan Carlos Oblitas, en el documental, no duda en señalar el hecho como una presión, aunque desconoce la existencia de sobornos u otras sugerencias explícitas, a pesar de que había dicho otra cosa en 1986. Como presión para los jugadores peruanos parece suficiente: no se sabe que Videla haya violado la intimidad del vestuario argentino en ninguna oportunidad antes de los partidos –aunque siempre visitó a los jugadores después de los mismos–, y su presencia esa noche debe haber funcionado como una exitosa y sugestiva maniobra.

La negativa a aceptar ese cuestionamiento fue y es aún vigoroso por parte de la prensa *menottista*, ya que derrumbaría todo el edificio conceptual construido en torno del ciclo. El problema no era la dictadura: era que se había ganado, dirán los *menottistas*, a pesar de la dictadura. Frente a cierta unanimidad entre los analistas, periodistas y públicos internacionales, que coinciden en leer el partido como arreglado, el propio Menotti habla todavía hoy de “infamia” y recuerda la jugada de Muñante como prueba, aunque no sabemos de qué.

La fiesta y la calle: entre la manipulación y la acción popular

Lo inevitable: ¿cómo interpretar las manifestaciones espontáneas de júbilo que inundaron las calles de Buenos Aires tras los partidos? Es imposible analizarlas antropológicamente: toda apuesta de interpretación es conjetural. Las entrevistas a participantes en los festejos están marcadas por el tiempo, que en la historia argentina significa estar atravesados por la conciencia de la dictadura. No hay informante que pueda evitar esa marca: recordar los festejos significa inmediatamente acotaciones del tipo “no sabíamos lo que estaba pasando”, “nos usaron”. Los textos de la época, dominados por la censura y la autocensura, no ofrecen ninguna garantía. Como uno de los pocos elementos disponibles está el hecho de que las manifestaciones no se politizaron, no vivaban a Videla: salvo un grupo de estudiantes secundarios el día siguiente de la final, que se dirigieron a la Plaza de Mayo y reclamaron la presencia del dictador, no hay en los festejos ninguna marca que permita suponer un desplazamiento de lo futbolístico a lo explícitamente político. Gotta sostiene que en la Plaza no había más de 6 000 estudiantes, una cifra mínima.

¿La dictadura no se celebró en las calles ni en los estadios? Hace doce años, escribí esto como afirmación: hoy prefiero preguntármelo. Es cierto que apenas dos años más tarde el dictador Viola fue celosamente silbado en el estadio de Rosario Central. Llonto anota que Videla fue aplaudido cada vez que era nombrado en los estadios: pero no dice “ovacionado”. Osvaldo Bayer, en el guion del documental *Fútbol argentino*, de 1990, afirma que fue abucheado: ninguna fuente lo respalda. Para Bayer, los festejos funcionarían como una manera de recuperar la calle como espacio público, como el espacio clásico de la política argentina del que la sociedad ha sido desalojada por la fuerza, y que reconquista con astucia. Si superamos la clásica asociación entre política y deporte establecida en los años sesenta por el francés Jean-Marie Brohm y epigonalmente repetida por Juan José Sebrelí, entre nosotros, según la cual toda manifestación de masas significa un nuevo ejemplo de manipulación e idiotización, la lectura de Bayer es una conjetura seductora. Pero no hay nada que permita demostrarla: es pura interpretación, e incluso conaintepretación histórica, ya que la cobertura periodística contemporánea al Mundial –o

el mismo filme *La fiesta de todos*, como hemos visto– cabalgó sobre la visión de una sociedad que celebraba armónicamente la fiesta y la victoria.

La espontaneidad de los festejos –no hubo ningún tipo de convocatoria, ni oficial ni mediática– es un dato cierto para interpretar. Los actores parecerían haber leído rápidamente una fisura en el control, e instituyeron así un mecanismo doble: la reocupación del espacio público, y el autoreconocimiento en una multitud –la primera vez, vale recordarlo, desde antes del golpe militar. Las manifestaciones, asimismo, diseñaron recorridos múltiples, no se limitaron al centro urbano (el obelisco) y sus adyacencias: ocupan espacios barriales, como el parque Patricios.

Algo distinto ocurrió al año siguiente, cuando el equipo argentino, nuevamente dirigido por Menotti, obtuvo el Campeonato Mundial Juvenil de fútbol en Japón, el mismo día en que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) comenzaba sus actividades de investigación en Buenos Aires sobre la situación de los detenidos-desaparecidos. En este caso, los medios convocaron explícitamente a la manifestación del festejo: los periodistas Julio Lagos, desde radio Mitre, José María Muñoz, desde radio Rivadavia, y José Gómez Fuentes, desde ATC, invitaron a sus públicos a un festejo callejero en Plaza de Mayo, con la colaboración del Ministerio de Educación, que decretó un asueto estudiantil. En el caso de Muñoz, ese festejo –esa convocatoria– se politizó radicalmente: “Vayamos todos a la Avenida de Mayo [donde funcionaba la oficina de recepción de denuncias, en el número 760] y demostremos a esos señores de la CIDH que la Argentina no tiene nada que ocultar”. La aparición de esta convocatoria explícita señalaría, por oposición, la espontaneidad de lo ocurrido un año atrás y cómo la dictadura prefería volver a controlar la calle.

La propia guerrilla Montoneros había defendido la realización del Mundial, negando el carácter alienante del mismo por la tradición del fútbol argentino:

“El escenario futbolístico en Argentina, lejos de servir como mero instrumento de distracción a las masas populares, ha sido en muchas ocasiones caja de resonancia del descontento social. Esta misma dictadura ha visto cómo las grandes multitudes de los estadios, movidas por una genuina pasión deportiva, han sido capaces también de expresar su pasión política en estribillos que condenan a la minoría en el poder” (Movimiento

Peronista Montonero–Consejo Superior, “El Movimiento Peronista Montonero Frente al Mundial 78”, México, 1º de marzo de 1978, p. 1. Debo el hallazgo de este documento a Ernesto Sobocinski Marczal).

Tanto Llonto como Gotta recuperan esta información: frente al boicot preconizado por los grupos autónomos de exiliados, la conducción montonera habría privilegiado su realización invocando el carácter popular del fútbol, negando su carácter alienante. Ambas fuentes desarrollan, además, una serie de acciones de la guerrilla que ocurrieron durante el Mundial como forma de propaganda: atentados localizados con lanzacohetes Energa, entre ellos uno contra la puerta de la Escuela de Mecánica de la Armada; volanteos en medios de transporte; interferencias radiales sobre las transmisiones deportivas para lanzar proclamas montoneras. La idea era conducir políticamente ese júbilo popular, bajo el eslogan “Argentina Campeón, Videla al paredón”; la apuesta era por un relajamiento represivo gracias a la Copa que permitiera trabajar sobre el sentimiento popular. Estamos tentados de afirmar –lo hacemos– que este análisis es otra muestra más de la incapacidad de análisis de la conducción montonera, que venía cometiendo un error tras otro por lo menos desde la muerte de Rucci, en 1973.

Pero lo cierto es que toda esta discusión gira en torno del tema de la alienación y la manipulación de masas. Tenemos –hemos desplegado– información suficiente en un sentido, que el libro de Llonto afirma militantemente: nadie puede dudar (y está largamente probado) que la dictadura y sus aliados usaron el Mundial para manipular, esconder, desviar, celebrar, como cortina de humo, como opio de los pueblos, por un lado, y como operación popular de establecimiento de un nuevo consenso. Pero nadie puede demostrar la eficacia de esa operación, salvo la ilusión de los propios actores: Llonto recupera afirmaciones del último dictador, Reynaldo Bignone, afirmando que la dictadura debería haber llamado a elecciones inmediatamente después del Mundial, para aprovechar ese consenso. Para Bignone, obviamente, la operación fue exitosa y habrían ganado esas elecciones gracias al éxito deportivo. Y, sin embargo, no hay modo de probarlo: salvo que entendamos que la prensa sofocada por la censura o mi-

litantemente adicta, como hemos descrito, o los “artistas populares” que filman *La fiesta de todos* en 1979, o los locutores que convocan a festejar el Mundial de 1979, son una representación definitiva de ese consenso, de la eficacia de esas operaciones pretendidamente manipulatorias.

Hay aquí dos reglas generales que establecer: la primera, que toda la clase dirigente argentina –latinoamericana– está absolutamente convencida de la eficacia del fútbol como mecanismo manipulador y decidida a utilizarlo en consecuencia. La segunda: que nadie ha podido probar esa eficacia; que no existe en la historia deportiva de la galaxia una ecuación causa=efecto entre el éxito deportivo y el éxito político. Ni siquiera el Mundial de 1978, aunque tanto lo parezca.

Coda

El Mundial comenzó a ocupar, al final de la dictadura, el lugar de símbolo de la manipulación, del ocultamiento, del escamoteo, de la estupidez colectiva. En ocasión de celebrarse el 25° aniversario de la obtención del campeonato, en julio de 2003, buena parte de los textos periodísticos insistieron en la tesis de la influencia deportiva de la dictadura, relativizando incluso la validez del éxito futbolístico, salvo los defensores acérrimos de la figura del entrenador Menotti, como el diario *Clarín*. Asimismo, algunos jugadores involucrados en la organización de una fiesta de celebración (especialmente Julio Ricardo Villa, que había jugado el Mundial, y Claudio Morresi, hermano de un desaparecido, que no jugó) trataron que el fútbol saldara esa deuda, incorporando la presencia y el homenaje a los organismos de derechos humanos en el estadio de River. Como era previsible, las Madres de Plaza de Mayo no fueron invitadas. Pero, a la vez, la concurrencia fue escasísima. Llonto cuenta 6613 asistentes. No fue nadie.

Y, sin embargo, en 2002, la publicidad de la cerveza Quilmes –que desde 1998, como *sponsor* de la Selección argentina, comenzó a producir un *spot* central para cada Copa del Mundo, hasta nuestros días– decidió narrar una historia del fútbol argentino que incorporaba la Copa de 1978 sin ningún tipo de cuestionamiento, crítica o distancia. Ni mención a la dictadura, claro:

*Y vino una Copa, llegó la primera
Con el Matador envuelto en banderas
La gente alentaba en cada partido
Hubo un papelito por cada latido (...)
Tanta gloria, tanto fútbol, desplegado por el mundo
Y en cada gol la pasión y la emoción (...)
Mostrémosle al mundo que juntos podemos.*

El cierre del *jingle* parafraseaba, suponemos que sin saberlo, una de las frases predilectas de la dictadura en 1978: “Mostramos al mundo cómo somos los argentinos”. Esa referencia al “todos unidos” es, por cierto, un lugar común de todo discurso conservador o populista –o ambas cosas a la vez. Pero, cuando marcha junto al fútbol, debería seguir estremeciéndonos. Para algunos publicitarios no es así. Posiblemente, esto señala la persistencia de una memoria simultáneamente confusa, culposa y fragmentaria, que no puede, ni podrá, resolverse en la única dirección éticamente necesaria: renunciar a ese “triunfo”, devolver la Copa y las medallas, ganarlas de nuevo en buena ley, de ser posible de visitante. Como hizo Maradona, solito, en 1986.

Y todavía nos preguntamos por qué lo amamos.

Bibliografía

La bibliografía sobre el Mundial de 1978 no es muy extensa. El primer libro importante fue el de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78* (Buenos Aires, Norma, 1998). Recientemente se sumaron los de Pablo Llonto, *La vergüenza de todos* (Buenos Aires, Editorial de las Madres de Plaza de Mayo, 2005); Fernando Ferreira, *Hechos pelota. El periodismo deportivo durante la dictadura militar (1976-1983)* (Buenos Aires, ediciones Al Arco, 2008) y Ricardo Gotta, *Fuimos campeones. La dictadura, el Mundial 78 y el misterio del 6 a 0 a Perú* (Buenos Aires, Edhasa, 2008). Una buena compilación de los datos recolectados por Ezequiel Fernández Moores está en “Botas y botines”, en el portal <http://www.elortiba.org/mundial78.html> (consultado en diciembre 2013). El trabajo de Ernesto Sobocinski Marczal es aún inédito, como parte de su investigación doctoral para la Universidade Federal de Paraná, en Curitiba.

Entre tantos trabajos del amigo y colega Ronaldo Helal sobre la Selección brasileña de 1970 puede verse su artículo con Alvaro Cabo y Carmelo Silva, “Pra Frente Brasil! Comunicação e Identidade Brasileira em Copas do Mundo” (en *Esporte e Sociedade*, año 5, número 13, 2009). El artículo de Diego Roldán es “La espontaneidad regulada. Fútbol, autoritarismo y nación en *Argentina '78*.”

Una mirada desde los márgenes” (en *Protohistoria*, XI, 11, Rosario, 2007: pp. 125-147). La referencia a Osvaldo Bayer es a su *Fútbol argentino* (Buenos Aires, Sudamericana, 1990). El famoso libro de Jean-Marie Brohm es *Sociología política del deporte* (México, FCE, 1982), y el de Sebrelli, *La era del fútbol* (Buenos Aires, Sudamericana, 1998). Hay también un libro digital de Amílcar Romero, *Lo de los militares fue mundial* (Buenos Aires, Ediciones Electrónicas Multimedia, 2003, publicado en pdf en <http://ardilla.bubok.es/>). El apunte sobre las inauguraciones lo retomo de mi “Inauguraciones”, publicado en Brasil (*Revista Coletiva*, nro. 8, Recife, Fundação Joaquim Nabuco, agosto 2012).

Aunque no está citado en esta oportunidad, es también imperdible el libro de Héctor Palomino y Ariel Scher, *AFA: Pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, Cisea, 1985, que merece largamente su reedición.